

los libros, lo cual imitaron poquísimos las universidades cristianas de la Edad media, á pesar de ser un punto fundamental. Había también hospitales especiales para ciertas categorías de enfermos, y en particular para los locos. Existían, además, como entre nosotros, casas de socorro, donde los enfermos podían recibir consultas gratuitas en ciertos días de la semana. A las poblaciones demasiado pequeñas para tener un hospital, se enviaban periódicamente algunos médicos, provistos de medicinas.

Los Arabes conocían perfectamente la influencia higiénica del clima; y Averroes, en sus comentarios á Avicena, preconiza, como se hace hoy, el cambio de clima para la tisis, indicando á Arabia y Nubia en clase de estaciones invernales. Cabalmente hoy se envía muchas veces á las regiones del Nilo cercanas á la Nubia á las personas atacadas de esta enfermedad.

Los aforismos de la escuela de Salerno contienen numerosas prescripciones higiénicas que son inapreciables. Sabido es que se debe á los Arabes la reputación de dicha escuela, que fué tenida por la primera de Europa. Cuando á mediados del siglo XI los Normandos se apoderaron de Sicilia y de una porción de Italia, ocupadas por los Arabes, concedieron á la escuela de medicina que éstos fundaron toda la protección que á las demás instituciones musulmanas. Entonces un árabe de Cartago, muy instruido, llamado Constantino el Africano, recibió el encargo de dirigirla, y habiendo este sabio traducido al latín las obras médicas importantes de los Arabes, se sacó de ellas los aforismos que durante tanto tiempo han conservado á Salerno su gran reputación.

Los Arabes tenían muchísima confianza en la higiene aplicada al tratamiento de las enfermedades, y no contaban menos con los recursos de la naturaleza; de modo que la medicina expectante, que parece hoy lo más sabio de la ciencia, no razona de otro modo, pareciéndome además á mí muy probable que en el siglo X de nuestra Era aquellos médicos no perdían más

enfermos que los que hoy pierden los nuestros.

Progresos realizados por los Arabes en las ciencias médicas.—Los más importantes en medicina se refieren á la cirugía, á la descripción de las enfermedades, á la materia médica y á la farmacopea. Los Arabes imaginaron un gran número de métodos, algunos de los cuales, como el empleo del agua fría en las calenturas tifoideas, reaparecen ahora, después de muchos siglos de olvido.

La materia médica les debe muchos medicamentos, como la pulpa de la cañafistola, el sen, el ruibarbo, el tamarindo, la nuez vómica, el kermes, el alcánfor, el alcohol, etc. Ya hemos dicho que fueron los verdaderos creadores de la farmacia, pues la mayor parte de preparados que todavía hoy están en uso, como jarabes, lochs, emplastos, pomadas, unguentos, aguas destiladas, etc., se deben á ellos. También llegaron á imaginar unos procedimientos de administrar remedios, que después de caer en un largo olvido ahora se van presentando de nuevo como cosas nunca imaginadas. Tal es entre otros el de hacer absorber los medicamentos primero por las plantas, cual lo hizo Avenzoar, quien curaba los constipados mandando comer los frutos de una viña regada con purgantes.

Asimismo la cirugía debe á los Arabes progresos fundamentales, habiendo las obras de aquéllos servido de base á la enseñanza de la medicina hasta una época muy reciente. En el siglo XI de nuestra Era ya conocían el tratamiento de la catarata por reducción, ó por extracción del cristalino; la litotricia, que Al-bucasis describe claramente; el tratamiento de las hemorragias por medio de irrigaciones de agua fría; el empleo de los cáusticos, de los sedales, de la cauterización por el fuego, etc. La anestesia, que es tenida por un descubrimiento capital de los tiempos modernos, no les fué desconocida, según parece; pues recomiendan, antes de las operaciones dolorosas, el empleo de la cizaña para adormecer al enfermo «hasta que pierda todo conocimiento y sentimiento.»

CAPITULO VII

LAS ARTES ARABES. PINTURA, ESCULTURA, ARTES INDUSTRIALES

I

IMPORTANCIA DE LAS OBRAS DE ARTE PARA RECONSTITUIR UNA ÉPOCA

Las profundas transformaciones que los progresos del análisis científico han verificado en menos de un siglo respecto á nuestra manera de concebir el mundo, habían dejado aparte durante largo tiempo los ramos superiores de poesía y artes, cabiendo suponer que por su propia índole se sustraerían siempre á las investigaciones de los sabios. En efecto, no había medio de negar que existen leyes precisas en la evolución de los astros, en la transformación de los seres y en la caída de los cuerpos, pero ¿podía haber otras leyes que la inspiración ó el capricho en el origen genesiaco de un poema, de un monumento, ó de una estatua? Como el artista se remontaba por las regiones del pensamiento abstracto, no seguía ninguna ley, ni tenía ningún maestro.

El hechizo seductor de esta creencia no ha impedido que se cambiase de modo de pensar el día que la ciencia la ha analizado; pues sus investigaciones demostraron luego que las obras de arte y de literatura expresan simplemente los sentimientos, creencias y necesidades de una época, y lo expresan tan marcadamente, que las mejores páginas de la historia son cabalmente las obras que cada edad ha dejado. El artista y el escritor no hacen más que traducir bajo formas visibles los gustos, costumbres, sentimientos y necesidades del público que los rodea; de modo que, aunque en apariencia sean libres, están real y positivamente encerrados en una red de influencias, creencias, ideas y trabajos, cuyo conjunto forma lo que podríamos llamar el alma de una época; la cual influye tan eficazmente en ellos, que apenas llegan á supe-

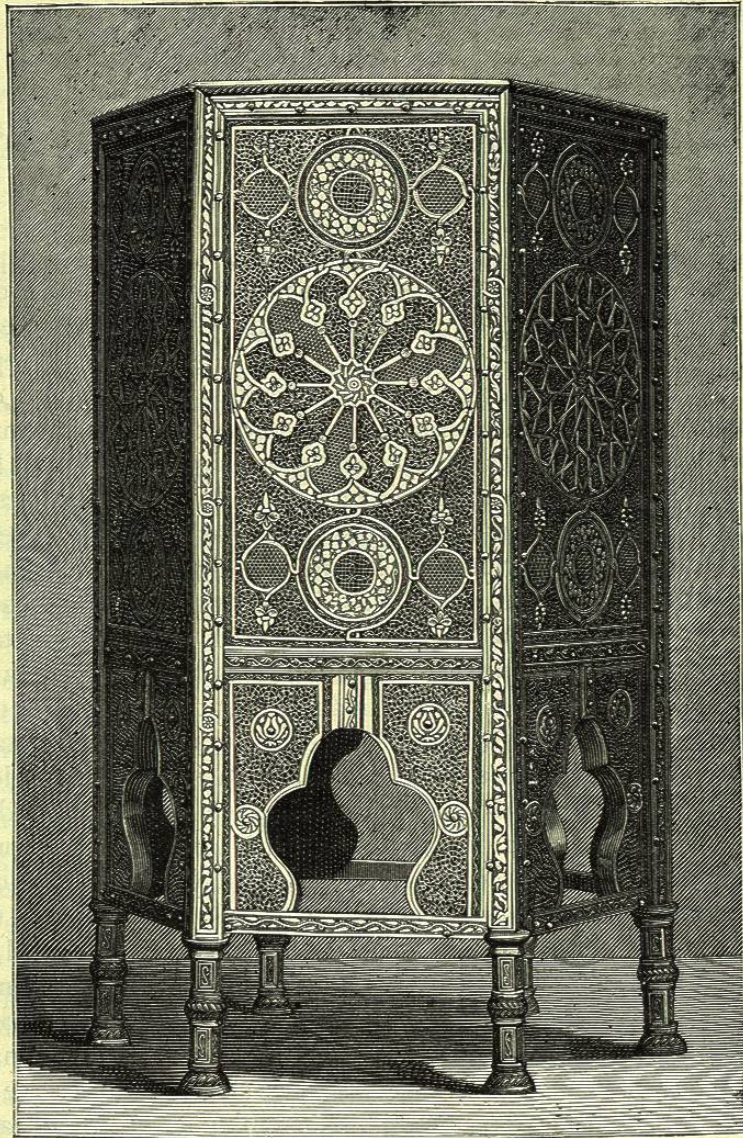
rarla un poco. Toda obra de arte es la expresión material de la edad en que ha nacido; y por esto si el Partenón representa las ideas y necesidades de un griego de la grande época, el Escorial traduce los sentimientos de un español del siglo de Felipe II, y una casa de siete pisos la vida de los burgueses de hoy.

Todas las obras de arte, si se sabe leer en ellas, nos dicen con certeza lo que fué la época de la cual salieron. Cada edad tiene su arte y su literatura, porque tiene también necesidades particulares que el arte y la literatura no hacen más que satisfacer. La mezquita, siendo á la vez templo, escuela, hospital y hospedería, nos revela la fusión completa de la vida civil y religiosa entre los discípulos del profeta. Un palacio árabe, cual la Alhambra, con su exterior sin decorar, y con su interior brillante y frágil, nos revela la existencia de un pueblo galanteador, ingenioso y superficial, que gustaba de la vida doméstica, que no pensaba en mañana, y dejaba el porvenir en manos de Dios. Con razón pues se ha dicho que nada está más claramente escrito que lo que se escribió en piedra.

Sin embargo en las obras de arte no habla sólo la piedra, pues toda obra plástica habla claramente para el que sabe comprenderla; y si los monumentos nos dan las indicaciones generales, unas como divisiones de un libro ó como sumarios de sus capítulos, en cambio las producciones de arte de detalle nos ayudan á completarlo, por cuya razón no debe desdenarse ni la menos importante. Un jarro de sacar agua, un puñal, un mueble, y esos mil objetos en los cuales trabajó el arte á la vez que la industria, figuran entre los más seguros documentos que puedan utilizar los historiadores; los cuales, cuando habrán aprendido á sacar partido de ello, no escribirán la historia clásica como una

ramplona enumeración de batallas, genealogías é intrigas diplomáticas, envueltas en apreciaciones infantiles, que ni la pena merecen de examinarse. Montañas de semejantes libros podrían leerse sin adquirir la más vaga noción del estado de las épocas de que se ocupan.

Las únicas producciones del arte y de la literatura que cabe justamente desdeñar, por no corresponder más que á necesidades ficticias de razas decadentes, son esas copias serviles de monumentos anticuados que se aplican á las necesidades modernas, por ejemplo, una escuela



Velador árabe de bronce incrustado de nácar

ó una estación de ferrocarril en estilo gótico. El castillo feudal no se comprende sin caballeros que lo defiendan; y colocar su torrecilla en una granja moderna, es tan ridículo como lo sería un panzudo burgués de nuestra época paseándose con una armadura parecida á la de Carlos V; la cual, si es imponente colocada en la estatua ecuestre de este soberano, lo es porque al verla nos acordamos de la época de los combates en que fué necesaria; pero en los hombres de un hacendista ó de un jurisperito nos inspi-

raría tales asociaciones de ideas, que nos desternillaríamos de risa. Toda obra de arte que no esté dentro de su época, ó de su centro, pierde completamente la significación y no merece otro sitio que el museo. Bajo el cielo azulado de Grecia, y dominando á Atenas desde la Acrópolis, el Partenón es uno de los más bellos templos que quepa imaginar; pero la copia que de él vemos en la plaza de la Magdalena de París es de una frialdad ramplona, y las altas casas de que está rodeada la hubieran

hecho grotesca si el arquitecto no hubiese exagerado las proporciones del modelo.

Por consiguiente ocurre con las artes lo mismo que con las instituciones: son expresión de los sentimientos, necesidades y creencias de los pueblos que las han visto nacer; y cuando esos sentimientos, necesidades y creencias se transforman, tanto las instituciones como las artes han de transformarse igualmente. A falta de otros documentos, las obras de arte del Renacimiento, comparadas con las de la Edad media, bastarían á demostrarnos que el mundo moderno había cambiado hondamente. Bien podrá un pueblo hacer aceptar á otro su religión, lengua, instituciones y artes; un examen atento demuestra siempre que estos elementos nuevos sufren inevitablemente las transformaciones requeridas por las necesidades del pueblo que los adoptó. Las instituciones derivadas del islamismo no son en Persia lo que en la India, en Egipto y en Africa; difiriendo igualmente las artes. La arquitectura árabe, introducida con el Corán en la India, no tardó en transformarse, adquiriendo aquel carácter de estabilidad y grandeza que es propio de los antiguos monumentos de esta antigua región.

Siendo las artes la expresión de las ideas y sentimientos de un pueblo, los factores capaces de transformarlas son tan numerosos como los que influyen en las sociedades; y como para estudiar la eficacia de cada uno se necesitaría un trabajo de grande importancia, es imposible intentar en este libro. Semejante estudio ha de empezarse todavía; á pesar de que sólo después de hacerlo, será posible comprender con facilidad el lenguaje de las obras de arte: las indicaciones que actualmente poseemos son demasiado generales para que nos ayuden á interpretarlas de un modo continuamente seguro.

II

ORÍGENES DE LAS ARTES DE LOS ÁRABES

Basta echar una ojeada á cualquier monumento correspondiente á una época adelantada de la civilización árabe, como un palacio, una mezquita, ó simplemente un objeto cualquiera suyo, ya sea un tintero ó un puñal, ya la encuadernación de un Corán, para conocer que esas obras de arte son tan características, que no es posible confundir su procedencia; pues los productos del arte árabe, lo mismo los grandes que los pequeños, no tienen ninguna afinidad sen-

sible con los de otros pueblos, siendo su originalidad tan evidente como completa.

No resulta lo mismo si en vez de examinar los de las épocas culminantes estudiamos los del principio de su civilización, los cuales tienen un parentesco manifiesto con las artes persas y las bizantinas que los precedieron.

De este parentesco de las producciones primitivas de las artes árabes con las de ciertos pueblos de Oriente sacan muchos autores la consecuencia de que el árabe careció de arte original. Pero es innegable que todos los pueblos, antes de llegar á producir obras personales, aprovechan lo que hallan hecho, y como dice muy bien Pascal: «Toda la sucesión de hombres que han existido en el curso de tantos siglos ha de ser considerada como un mismo hombre que siempre subsiste y que nunca deja de aprender.» Cada generación comienza aprovechando los tesoros acumulados por las anteriores, y si es capaz, después lo acrecienta.

Ningún pueblo ha eludido esta ley, y la verdad es que sería incomprendible que alguno no hubiese logrado. En una época todavía bien reciente, como nos fuesen del todo desconocidos los orígenes de la civilización griega, se suponía que ésta nada debía á otros pueblos; pero la ciencia, adelantando más, ha demostrado que el arte griego tuvo sus orígenes en el de Asiria y el de Egipto. Sin duda éste tomó también mucho de otros pueblos; de modo que si la mayor parte de los eslabones de la cadena que nos une al origen del hombre no se hubiesen perdido, remontaríamos gradualmente á esas lejanas edades de la piedra labrada en que el hombre se diferenciaba apenas de los animales que lo precedieron.

Árabes, Griegos, Romanos, Fenicios, Hebreos, etc., todos los pueblos en fin se aprovecharon del pasado; y si no queremos condenar cada generación á comenzar de nuevo lo ya hecho, es imposible que la humanidad proceda de otro modo. Al principio cada pueblo toma algo de los que llegaron antes que él; y luego no hace más que añadir otra cosa á lo tomado. Comienzan los Griegos siguiendo á los Egipcios y Asirios; y por medio de adiciones sucesivas transforman los conocimientos que no habían creado. Los Romanos siguieron á los Griegos; pero siendo mucho menos artistas que éstos, poca cosa añadieron al tesoro de que disponían, reduciéndose á imprimir en sus obras de arte aquel sello de majestuosa grandeza que parece un reflejo de su imponente imperio; y